

Gonzalo Portocarrero (2015)

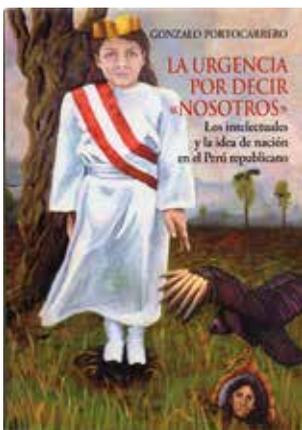
La urgencia por decir “nosotros”.

Los intelectuales y la idea de nación en el Perú republicano

Lima: PUCP

La urgencia por decir “nosotros”. *Los intelectuales y la idea de nación en el Perú republicano* es una obra que se caracteriza por tener un lenguaje sencillo y de fácil comprensión. No está, por tanto, enmarañada de conceptos o ideas de difícil argumentación, sino dirigida a un público general, sin restricciones. Gonzalo Portocarrero rastrea las propuestas de nación —o de integración nacional— planteadas por los siguientes intelectuales peruanos de los siglos XIX y XX: Francisco Fierro, Ricardo Palma, Riva Agüero, Manuel González Parada, Luis Valcárcel, José Carlos Mariátegui y José María Arguedas. El abordaje explicativo del pensamiento político de los intelectuales mencionados se realiza desde la perspectiva del psicoanálisis. Por tal razón, lo primero que hace Portocarrero es examinar la biografía de los intelectuales mencionados, con el fin de sostener que cada uno de ellos proyecta una propuesta política para dar solución a sus dilemas emocionales.

Cada uno de estos intelectuales, según Portocarrero, se caracteriza por ser un “abogado de las ideas colectivas. Pero también es un poeta y un soñador” (p. 14). Un *abogado* en el sentido de defender las causas “justas” del sector social al cual pertenece o busca pertenecer; poeta, en el sentido de que tiene la capacidad de interpretar las “fibras” más sensibles de la clase social o etnia a la cual pertenece, y *soñador*, porque traza un camino de felicidad y armonía, una salvación en esta vida. Pero Portocarrero no busca explorar el posicionamiento clasista de los intelectuales en cuestión, se limita a explorar la biografía de cada uno y pretende hallar allí la explicación de sus planteamientos políticos. Desde luego, esta puede considerarse una debilidad de la argumentación del libro si se asume lo formulado por Gramsci: los



planteamientos de los intelectuales no emanan de un deseo personal o porque les sucedió algún hecho espantoso en sus vidas o porque tienen el deseo de dar solución a sus problemas personales, sino que tienen que ver con la conciencia de clase social, pues los intelectuales están para plantear cambios revolucionarios y reformar el orden establecido (o modo de producción). Y bien puede decir que los intelectuales referidos por Portocarrero son “orgánicos”,¹ ya que unos, como Riva Agüero, plantearon una sociedad peruana más inclusiva pero dirigida por los criollos, y otros, como José Carlos Mariátegui, buscaron cambios revolucionarios dirigidos por el campesinado.

Con todo, el papel de los intelectuales en la sociedad, según Portocarrero, es plantear propuestas políticas con el objetivo de construir una unidad nacional (la peruana). Con el fin de seguir reflexionando, primero dejemos en claro cuál es la definición de nación propuesta por Portocarrero. Para él es la práctica de la fraternidad y un “deber moral con los otros; un deber llamado a convertirse en costumbre, en un principio cuya validez se da por descontado”. Por tanto, la nación está vinculada con la solidaridad y con la tolerancia hacia las diferencias (sean étnicas, de género, etc.); es verse como iguales. Esta tolerancia e igualdad en la diferencia se darán siempre que compartamos antepasados comunes, costumbres y tradiciones. A partir de estos elementos —sostiene Portocarrero— se construye el nacionalismo como ideología, para así consolidar “un alma colectiva”. En lo que viene, explicaremos el trato otorgado por Portocarrero a las propuestas políti-

¹ Puede encontrarse más información sobre el papel de los intelectuales en: <http://www.educarteoax.com/pedagogizando/descargas/otros/gramsci.pdf>



ca de unidad nacional de los intelectuales peruanos de los siglos XIX y XX.

Inicia su reflexión analizando las acuarelas de Francisco Fierro y afirma que su “obra [...] testimonia una ciudad segregada y heterogénea, lejos aún de la verdadera homogenización criolla” (p. 25). Por supuesto, la ciudad retratada por Fierro es Lima, una ciudad variopinta, heterogénea, donde coincidían indígenas, afroperuanos, criollos y extranjeros. En dichas acuarelas retrataba danzas afroperuanas, andinas y las corridas de toros en la Plaza de Acho. Según Portocarrero, Fierro, al retratar la Plaza de Acho, estaba buscando una unidad o una comunidad de identidad, teniendo al capeador como héroe de la multitud. Pero esta deducción es forzada. Cabe la posibilidad de que tal representación (la corrida de toros) hecha por Fierro sea interpretada como la representación de una diversidad de personas de distintas clases sociales, estatus y grupos étnicos que asistieron a la plaza de Acho a divertirse, sin que estuvieran buscando un héroe. Portocarrero deduce que el imaginario de Fierro era constituir un “criollismo inclusivo”, donde convivieran armónicamente todas las clases sociales y los grupos étnicos. Sin embargo, el proyecto del “criollismo inclusivo” era imposible debido a que los criollos de esas épocas (inicios de la república) estuvieron subjetivamente arraigados en España.

Después, Portocarrero pasa a examinar las propuestas políticas de Ricardo Palma. Afirma encontrar en ellas la cristalización de un proyecto criollo de unidad nacional, pero se trata de un proyecto excluyente, que buscó ocultar la diversidad indígena y el mestizaje de la sociedad peruana. Portocarrero se pregunta por qué, si Ricardo Palma era mestizo, de progenitores afroperuano e indígena, plantea un criollismo excluyente. La respuesta que arguye es que Ricardo Palma, mediante su planteamiento político de unidad criolla excluyente, busca ocultar su complejo de inferioridad por ser mestizo, ya que en esa época (segunda mitad del siglo XIX) los mestizos y los indígenas eran completamente discriminados. Por consiguiente, una manera de superar aquella inferioridad era convirtiéndose en partidario de los criollos.

Manuel González Prada es otro intelectual que pasa por el tamiz del análisis de Gonzalo Portocarrero. Este señala, que a diferencia de Ricardo Palma, Prada descende de una de las más prestigiosas familias coloniales limeñas. Justamente, dicho estrato social criollo se caracterizó por subyugar y marginar a los indígenas. De allí que Prada sea un criollo “culposo”, sostiene Portocarrero: siente vergüenza y culpa de su estatus

social criollo. Ante ello, asume la defensa de los indios y sostiene que son los verdaderos ciudadanos de la sociedad peruana. Pero, al final, Prada asume también un discurso de denuncia y acusación de la elite criolla. Así, abrió el camino para los indigenistas que luego buscaron reivindicar al indígena, afirma Portocarrero.

Portocarrero no halló información biográfica, al parecer, sobre José de la Riva Agüero, pues no menciona ningún episodio o hecho que marcara la vida de este intelectual. Solo atina decir que fue heredero único de una de las familias más notables de Lima. Según Portocarrero, Riva Agüero emuló las propuestas de Ricardo Palma, en el sentido de valorar al sector criollo. Pero se diferenció porque buscó incluir a los indios en el proyecto de integración democrática. En otros términos, buscó hacer dialogar a las dos grandes tradiciones: la española y la incaica. El resultado de este proyecto integracionista sería un “mestizaje nivelador”. Por “mestizaje nivelador” se entiende un proceso de homogeneización racial, donde primaría el sector social criollo. Este sería el planteamiento político de Riva Agüero, según Portocarrero; pero no profundiza en que este planteamiento de homogenización tuvo como propósito eliminar los saberes de los pueblos andinos, para asegurar la primacía del catolicismo y del castellano (la cultura occidental). En consecuencia, integrar al indio significaba que este asumiera como suyas las prácticas culturales occidentales y que la valoración del imperio incaico quedara en el recuerdo remoto.

A simple vista, el capítulo cinco, referido a los Manuscritos de Huarochirí, no tendría ninguna relevancia en la estructura del texto. Sin embargo, a medida que uno va leyendo los tres siguientes capítulos (referidos a Valcárcel, Mariátegui y Arguedas), empieza a tener relevancia el capítulo mencionado, puesto que estos intelectuales reivindican al indígena, poblador oriundo del continente americano. Por tanto, se puede concluir que la agregación del capítulo cinco en la estructura del texto fue hecha por Portocarrero para aclarar dos conceptos: indio e indígena. La primera categoría nace en la equivocación de Colón al creer que había llegado a la India; esta categoría, con el pasar del tiempo, adquirió el significado de vasallo o siervo. Mientras que la segunda categoría, de uso contemporáneo, hace alusión a pobladores que tienen un arraigo inmemorial en un territorio. Por consiguiente, muchos indígenas fueron transformados en indios, pero otros lograron resistir. Para sostener esta hipótesis, Portocarrero explora los Manuscritos de Huarochirí y deduce que “el indíge-

na no se transformó, al menos totalmente, en indio. Resistió la imposición colonial. Logró preservar su espiritualidad” (p. 222). Justamente, este indígena que logró resistir y conservar lo andino prehispánico fue el referente de Valcárcel, Mariátegui y Arguedas para que elaboraran sus proyectos políticos de integración. Así, antes de reflexionar sobre las propuestas políticas de Valcárcel, Mariátegui y Arguedas, Portocarrero debía detenerse a aclarar los conceptos de indio e indígena.

De esta manera, Valcárcel, buscó “la reconciliación, [...] la liberación de los indios y la refundación del Perú, como una nación de mayoría indígena, orgullosamente enraizada en su pasado” (p. 226). Con esta afirmación, Portocarrero pinta de cuerpo entero a Valcárcel como “profeta” que avizora un gobierno de indígenas en un futuro próximo. Pero, si los criollos no dieran paso a un gobierno indígena, se generaría un conflicto sangriento y perverso. Y este sería fatal para los blancos criollos, quienes serían liquidados. Estas ideas de Valcárcel se caracterizaron por el radicalismo, el racismo y el rescate, así como por la reivindicación a la supuesta pureza de la raza indígena. Sobre estas ideas, que se desprenden de los escritos de Valcárcel, Gonzalo Portocarrero no hace absolutamente ninguna crítica.

En la propuesta de José Carlos Mariátegui, Gonzalo Portocarrero logra “descubrir”, el proyecto socialista a futuro del Amauta, el cual es conocido por todo el mundo y, por ende, no es un gran descubrimiento. La implementación del socialismo en la sociedad peruana pasaría, primero, por redimir al indígena, pues el socialismo peruano debería basarse en la organización social de la comunidad indígena, dado que en ella sobrevive el comunismo primitivo prehispánico. Por supuesto, esta es una mirada muy idealizada, romántica y ahistórica de las sociedades indígenas. Es más, en su proyecto integracionista de clase, Mariátegui no incluye a los amazónicos ni a los afroperuanos; pero estas inconsistencias no son puestas en discusión por Portocarrero.

El último intelectual en pasar por el tamiz analítico

de Gonzalo Portocarrero es José María Arguedas, el cual es presentado como un héroe cultural que propone un proyecto político que “apunta a imaginar una sociedad reconciliada que no ignore su núcleo más original y potente, sino que impulse el desarrollo, y la coexistencia dialogante, de múltiples identidades sin necesidad inmediata de un centro homogeneizador, necesariamente autoritario. O si se prefiere utilizar términos actuales, Arguedas intenta vislumbrar una nación supraétnica o multicultural” (p. 294). Así, al margen de un proyecto político, Arguedas busca caracterizar a la sociedad peruana como diversa y pluriétnica.

Gonzalo Portocarrero termina el texto afirmando que en la sociedad peruana el nacionalismo como ideología integradora es incipiente. Pero esta tesis no es novedosa, puesto que Mariátegui afirmaba lo mismo en los años veinte del siglo pasado: que el Perú era una nación en formación. Por donde se mire, es lo mismo. Por supuesto, existe una clara diferencia: Portocarrero añora la unidad nacional desde el liberalismo político. Por ello afirma que “la función civilizatoria del nacionalismo es crear una comunidad de personas que se sientan iguales, que sean capaces de obrar solidariamente, pues se reconocen como parte de una misma historia; caminando, además, hacia el mismo futuro. [...] Si la libertad, la igualdad y la fraternidad lograran enraizar, entonces podemos hablar de una nación. Una sociedad donde prima la ley sobre el privilegio y donde existe la obligación, y la disponibilidad, para ayudar al que más lo necesita” (p. 348).

En conclusión, puede decirse que Gonzalo Portocarrero —asumiendo tácitamente la conciencia de clase burguesa— busca la unidad nacional, la cual significa homogenizar a la sociedad peruana. Cabe señalar que es imposible que tal propuesta prospere en la sociedad peruana, la misma se caracteriza por su heterogeneidad de nacionalidades (aymaras, quechuas, amazónicas).

RAÚL MARCELO DOROTEO